



HAL
open science

CONSECUENCIAS POLITICAS DE UNA BAJA NATALIDAD

Gérard-François Dumont

► **To cite this version:**

Gérard-François Dumont. CONSECUENCIAS POLITICAS DE UNA BAJA NATALIDAD. *Nuestro Tempo*, 2000, 556, pp.61-67. <halshs-01148168>

HAL Id: halshs-01148168

<https://shs.hal.science/halshs-01148168v1>

Submitted on 4 May 2015

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire HAL, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE UNA BAJA NATALIDAD

GÉRARD-FRANÇOIS DUMONT. ILUSTRACIONES: MIGUEL LÓPEZ-REMIRO

Mantener una baja natalidad a lo largo del tiempo acarrea múltiples consecuencias en el ámbito de la política: modifica las relaciones entre las generaciones dentro de la población afectada, así como en su cuerpo electoral; altera las características demográficas específicas de esa población y puede contribuir a acentuar las desigualdades. Plantea, además, la cuestión de la transmisión de valores políticos. El autor de este texto es profesor de la Universidad de París-Sorbona y ha escrito una veintena de libros. Su última obra se titula *Les racines de l'identité européenne* (*Las raíces de la identidad europea*).

ESTRO TIEMPO



revista mensual de cuestiones actuales
octubre 2000 n° 556. 800 pts.

nuestro
tiempo

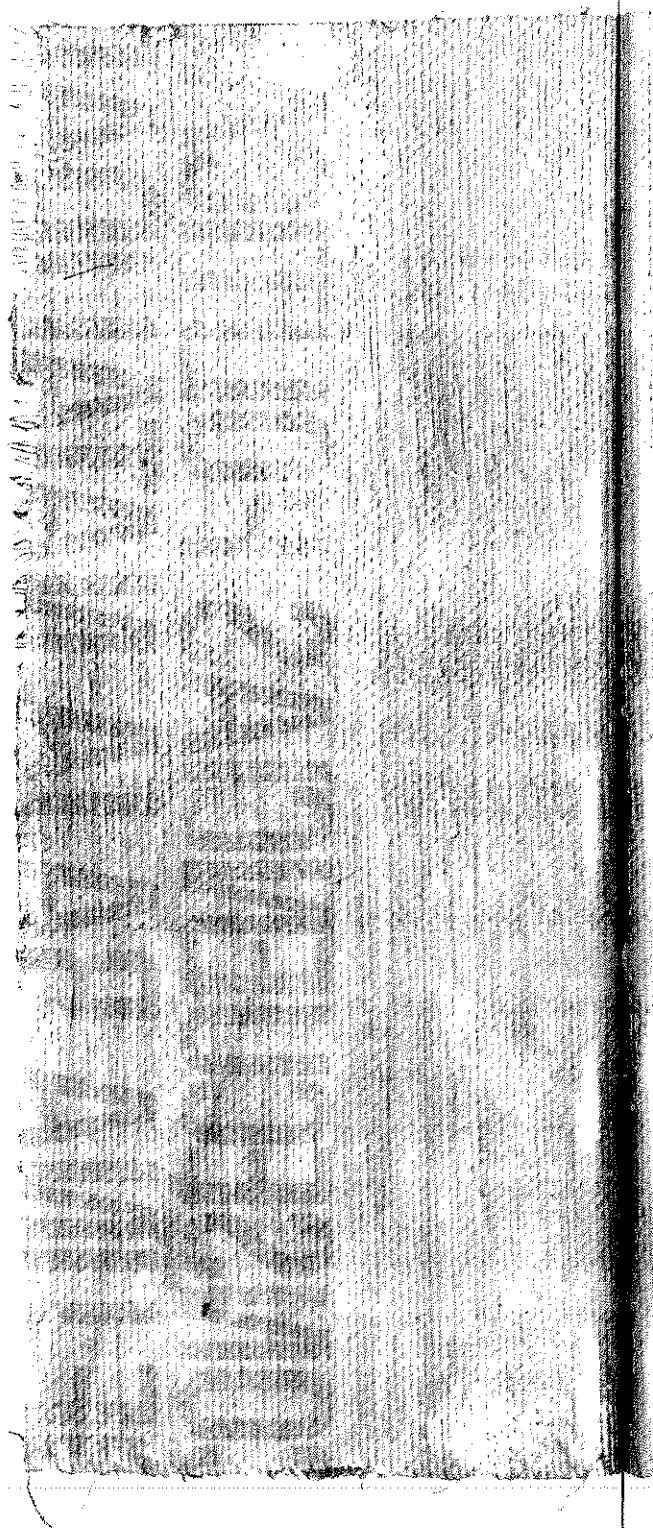
CONSIDEREMOS, EN PRIMER LUGAR, el aspecto puramente cuantitativo de una baja natalidad prolongada en el tiempo. Una población cuya natalidad va disminuyendo experimenta un recorte de la base de su pirámide de edades y una modificación en las relaciones matemáticas entre las distintas franjas de edad. Con el paso del tiempo, la proporción de jóvenes y de jóvenes adultos disminuye, a la vez que aumenta la proporción de personas ancianas. Conforme a esta realidad, la demanda política, necesariamente, tiene que evolucionar.

Los ciudadanos que deseen que se preste una mayor atención a las necesidades de las personas ancianas verán cómo va aumentando su peso cuantitativo. Y a la inversa: la demanda relativa a la política orientada hacia la infancia y la juventud se hará más débil. En zonas rurales o en barrios habitados por una población envejecida, habrá movilizaciones en favor de la creación o el otorgamiento de subvenciones para actividades propias de la tercera edad. En cambio, no habrá demanda respecto de la creación de nuevas escuelas, ya que no se percibirá tal necesidad; acaso habrá movilizaciones para evitar que se cierren centros educativos debido a la baja natalidad.

La expresión de la demanda política por parte de quienes, jurídicamente, son los portadores de tal demanda —es decir, el cuerpo electoral— cambia entonces en función de la modificación de su composición según la edad. Dentro de dicho cuerpo electoral, la proporción de personas con sesenta o más años no cesa de crecer; su voto se dirige naturalmente hacia aquellos candidatos que orientan sus promesas, sobre todo, hacia esa franja de edad. Por supuesto, este *sobre todo* obra inevitablemente en detrimento de las otras opciones.

QUÉ NECESIDADES CUBRIR

Cuando un Estado decide proveer abundantes fondos de reserva para jubilaciones, con partidas de recursos fiscales o parafiscales, significa que ha decidido no utilizar dichos fondos para otros fines: por ejemplo para política familiar o para la disminución de los impuestos que pesan sobre las familias. Cuando un



Estado cuyo presupuesto es deficitario acuerda otorgar o mantener ayudas suplementarias en favor de ciertos jubilados, significa que para poder sufragar tales ayudas, las generaciones futuras tendrán que asumir las deudas del Estado.

En cuanto a las colectividades territoriales, las inevitables restricciones presupuestarias conducen permanentemente hacia dos opciones: subvenciones para las asociaciones cuya prioridad consiste en crear un parvulario, o en crear un club para la tercera edad; o cuya preferencia sea equipamientos para una asociación deportivo juvenil o para una casa de ocio destinada a ancianos. Las opciones, que con poca frecuencia se admiten en estos términos, no tienen necesariamente que ver con la orientación política de los responsables. De hecho, aunque a veces conserva prejuicios ideológicos, el político elegido en el nivel local es ante todo pragmático y responde a las necesidades expresadas por la población que le ha votado.

La panoplia y el orden de preferencia de las necesidades de los electores cambia inevitablemente conforme se modifica su composición según la edad. Al envejecer como consecuencia de una baja natalidad, el electorado generalmente se aferra más a la seguridad que a la audacia.

Sin duda, será más importante para un cuerpo electoral con estas características aumentar la cantidad de policías municipales —cuya presencia física (notable en función de su uniforme) y cuya acción represiva son visibles a los electores— que aumentar la cantidad de educadores de barrio (no portan ningún signo exterior distintivo y su actuación preventiva es difícil de evaluar).

EL RIESGO DE UNA GUERRA DE EDADES

Así, tanto a nivel local como en el plano nacional, los cambios de las relaciones cuantitativas entre las generaciones vienen a acarrear modificaciones en las políticas adoptadas. ¿Puede la debilidad de la natalidad llegar a provocar una "guerra entre generaciones", incluso una revuelta de los jóvenes, en vista de que —al verse tan poco numerosos— temen ser aplastados por una sociedad que envejece?

De hecho, la guerra entre las generaciones, en sociedades en las que numerosos servicios colectivos están asumidos por los poderes públicos, se está produciendo a diario, a nivel económico y financiero. En efecto, la historia de los países con una baja natalidad prolongada pone en evidencia la derrota de los jóvenes en la guerra económica entre generaciones: la deflación les es menos favorable que la inflación; ellos financian las ayudas otorgadas a ciertos jubilados (sea por capitalización o repartición) sin apenas albergar esperanza alguna de beneficiarse de esas ayudas el día de mañana.

Las modalidades de los nuevos impuestos —como las de la Contribución Social Generalizada en Francia, que no tienen en cuenta la capacidad contributiva de los hogares—, a menudo obran en contra de los jóvenes, igual que las regulaciones sociales que favorecen a las personas ya empleadas, en detrimento de quienes buscan su primer empleo. En este sentido, en Francia, la ley de las 35 horas, en cuanto que no tiene el objetivo de conciliar la vida profesional y la vida familiar, es un caso

La ley francesa de las 35 horas penaliza a los trabajadores jóvenes, que quieren trabajar más

ejemplar: responde a las preocupaciones de la población activa de mayor edad que ya ha terminado la carrera y que desea la jubilación y penaliza a la población activa joven, que quiere trabajar más horas (temporalmente) con el fin de fundar un hogar o beneficiarse más rápidamente de promociones. Las sumas que las empresas destinan a financiar las 35 horas no pueden utilizarse para remunerar mejor a los jóvenes activos.

En la guerra económica diaria, vencen las decisiones en favor de las generaciones cuyos efectivos crecen más aprisa, es decir, las generaciones de edad avanzada. El envejecimiento acentuado de la población trae consigo, de for-

ma mecánica, la acentuación del carácter maltusiano de las leyes y de las decisiones políticas, lo que puede incitar a los jóvenes a emigrar. Por otra parte, élas democracias que mantienen una baja natalidad no asumen, en consecuencia, el riesgo de conflictos abiertos entre las generaciones? Sin duda que sí, si ello se vislumbrara como la única solución susceptible de restablecer ciertos equilibrios.

¿No llegará un momento en que los jóvenes —tan poco numerosos, tratados como sobrantes, a modo de colonizados dentro de su propio país—, se aventurarán a exigir violentamente que se les apliquen los derechos debidos a toda minoría? ¿El riesgo político de que una democracia rompa con su juventud no está ya en marcha cuando se constata la importancia de la abstención de los jóvenes a la hora de participar en política o simplemente a la hora de votar?

NATALIDAD, GEOPOLÍTICA Y DESARROLLO

La infranatalidad que suscita un problema político nacional se inscribe igualmente en el contexto de la política internacional: el peso demográfico relativo de los países de baja natalidad no cesa de disminuir frente a otros países cuya natalidad también disminuye, ciertamente, pero sin llegar a ser débil aún. Si bien los primeros pueden continuar beneficiándose de una herencia diplomática y de una primacía histórica de presencia en el mundo, los segundos —antiguas colonias y Estados recientes— no gozan de estas ventajas. Pero el peso demográfico de unos y otros cambia y la situación geopolítica evoluciona, inevitablemente, con ventaja para los segundos.

De este modo, en el seno de las organizaciones internacionales, la voz de un país con baja natalidad termina, forzosamente, reduciéndose, como ya lo expresó **Aristide Briand** en los años veinte en la Cámara de los Diputados: "Yo hago la política extranjera de nuestra natalidad". Como otro inconveniente, la baja natalidad significa, por fuerza, un menor potencial de jóvenes dispuestos a ser movilizados para la ayuda al desarrollo.

De momento, no hemos considerado más que los efectos de la edad que se producen so-

bre una población, pero no se excluye que se den asimismo efectos sobre las generaciones. Nacer en un mundo envejecido, vivir en el marco de una población que envejece, puede entrañar unas actitudes y unos comportamientos diferentes en comparación con los que se constatan en una población joven.

Al vivir en un ambiente conservador y deseoso de seguridad, el individuo no responde con las mismas reacciones que tendría si viviese en un ambiente audaz e innovador, con más razón aún si recordamos la importancia del mimetismo en los comportamientos. ¿No afronta el primer ambiente el riesgo de contrarrestar las fuerzas creativas que el segundo ambiente estimula? Podría conducir a unas generaciones resignadas, que no hallarían el modo de expresarse más que en violencias periódicas.

La política, que ha de ser la búsqueda del bien común, tiene la necesidad permanente de renovar su acción con el fin de difundir los valores de libertad y de solidaridad en un mundo en evolución.

LA DESORDENACIÓN DEL TERRITORIO

La baja natalidad plantea directamente el problema del futuro de la política, pero conduce igualmente a plantear la cuestión de la acentuación de las desigualdades territoriales que provoca. El mundo contemporáneo está sujeto, en efecto, a procesos de urbanización que se traducen en la pérdida de peso demográfi-



co en lo que se refiere a los espacios de predominio rural, y a menudo también en lo que atañe a las ciudades medias. Esta depauperación demográfica con respecto al campo no tiene, obligatoriamente, efectos dramáticos mientras esos territorios conservan buenos equilibrios en cuanto a la composición por edades que aseguran una vitalidad que permite una dinámica rural.

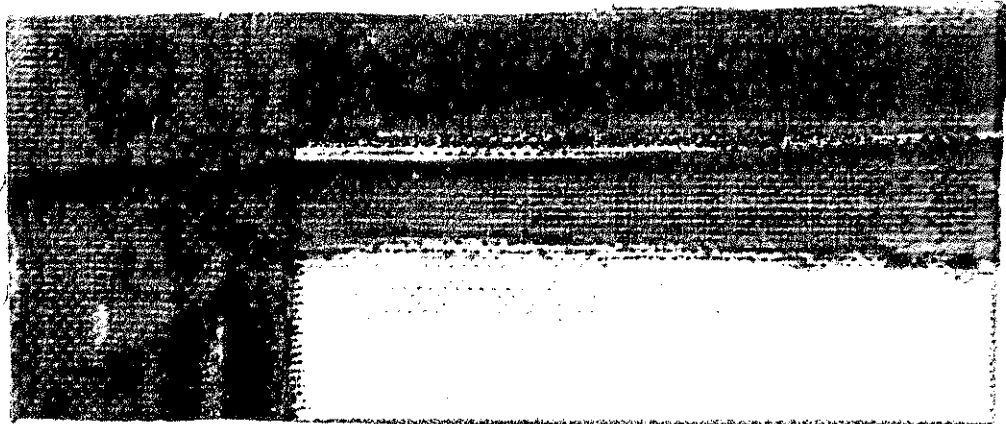
Por desgracia, en Europa, asistimos a menudo a una verdadera desordenación del territorio (agravada por políticas inapropiadas) que es el resultado de dos causas demográficas. Por una parte, los jóvenes abandonan los territorios que a menudo se han visto desfavorecidos por opciones políticas de promoción de ciertos espacios urbanos en lo que se refiere a equipamientos en infraestructuras y a la localización de las administraciones públicas. La composición por edades de la población rural sufre así un inevitable envejecimiento bajo el efecto del carácter selectivo de la emigración del campo.

La segunda fuente de la desordenación del territorio tiene que ver con la debilidad de la natalidad, que, en sí, es el resultado de dos motivos. Por una parte, el mundo rural sufre, como el mundo urbano, un debilitamiento de

la fecundidad, lo que hace disminuir su natalidad; por otra parte, este debilitamiento de la trae mayores consecuencias respecto del número de nacimientos que se producen en el espacio rural en comparación con el espacio urbano (por cuanto que su tasa de natalidad es más baja), puesto que la proporción de personas en edad de procrear es menor.

Además, en ciertos espacios rurales la infranatalidad puede verse agravada por dos factores. En primer lugar, debido a que el desarrollo del sector terciario privilegia la ciudad en detrimento del campo, y a menudo recluta más mujeres que hombres, la composición según el sexo en las zonas rurales puede desequilibrarse, con un déficit de población femenina en las cohortes de jóvenes adultos, lo que acentúa aún más el declive de las tasas de natalidad. En segundo lugar, como aparente confirmación de lo dicho antes sobre los efectos generacionales, la geografía de la fecundidad a menudo pone en evidencia una fecundidad más débil en los espacios más envejecidos, como si los jóvenes redujeran su propia descendencia —es decir, como si se volvieran más maltusianos— conforme viven en una población más envejecida. Bajo el efecto de estos distintos factores, ciertos territorios rurales se

La baja natalidad plantea el futuro de la política, pero también conduce a plantear la cuestión de la acentuación de las desigualdades territoriales



Se corre el riesgo de que el declive rural se torne irreversible. Y el mundo rural es el espacio que asegura la cohesión geográfica y social

ven así arrastrados en una espiral de despoblación. El declive rural conduce así a la marginación de territorios enteros, considerados algo así como "terceros espacios", tan maltratados políticamente como lo fue en su día el "tercer estado" bajo el Antiguo Régimen. Se entiende que el potencial que representa el espacio rural no puede mantenerse ecológicamente ni revalorizarse si no es mediante la acción de los hombres. La riqueza de los países nace muy a menudo de la diversidad de sus territorios, y el equilibrio político resulta de una sabia combinación, por cuanto que los territorios representan una de las escasas referencias en un mundo cada vez más globalizado, en el cual el ser humano se halla a menudo apabullado por la multiplicidad, la efervescencia y los cambios permanentes de las tecnologías y de las redes.

Si la baja natalidad ha de continuar contribuyendo a esta desordenación del territorio, entonces el declive rural se tornará irreversible, toda vez que este mundo rural es el espacio que —mediante las amplias ligazones que traza entre las ciudades— asegura la cohesión geográfica y social de los países. ¿Se trata de convertir los territorios nacionales en un archipiélago urbano en el cual sólo cuenta ex-

clusivamente la competencia entre las ciudades, inevitablemente destructora del vínculo social que surge de la continuidad del territorio? La baja natalidad, que viene a acentuar las desigualdades de la geografía de la población, trae entonces consigo unos efectos en el área de la geografía política, así como efectos políticos incontestables.

LA "PÉRDIDA DE ARMONÍA"

La baja natalidad, además, plantea una cuestión de mayor trascendencia que atañe a la transmisión de valores. Todo sistema político y toda civilización descansan sobre un legado de valores ideales respecto de los cuales cada generación debe aportar su propia contribución con el fin de acercarse a ellos. Así, la identidad europea se edificó mediante una acción continuada a lo largo de los siglos, que tendía a promover el respeto y la tolerancia, la libertad, la creatividad y la separación de poderes.

Esta edificación no fue perfectamente continua porque estos avances se vieron afectados por episodios periódicos de retroceso, que por otra parte a menudo estaban asociados a momentos de baja natalidad, a periodos en los que la transmisión de valores ideales no acababa de efectuarse, debido a la poca cantidad

de "receptores". Así, el nazismo pudo implantarse en la Europa germana en el mismo momento en que la natalidad se hallaba en niveles muy bajos en Alemania y en Francia. En Alemania, aunque la derrota de 1918 pesaba en las opciones de los electores, **Hitler** llegó al poder tras una larga depresión demográfica. Francia, que no encontró los medios para oponerse al nazismo y que pactó con él en Munich, a la sazón estaba marcada por un fuerte envejecimiento, mientras que la dinámica económica excepcional de la IV República se apoyaba en la renovación demográfica de la posguerra.

Una civilización no puede avanzar y perfeccionarse si no es mediante la transmisión que se realiza realmente entre las generaciones, por la familia, la escuela, la vida social y asociativa. Si cada persona de una generación corresponde a una biblioteca, y si las personas de esa generación transmiten el contenido de su biblioteca a generaciones poco numerosas, entonces forzosamente se produce una pérdida, incluso si se ponen por encima ciertos progresos técnicos como la revolución numérica. En efecto, la posibilidad de que cada persona adquiriera conocimientos es necesariamente limitada. También, la capacidad de una generación menos numerosa de recibir una herencia intelectual y cultural es inevitablemente menor que la de una generación más numerosa. La vida se presenta entonces como una

carrera de relevos. Si el número de nuevos relevos es inferior a la de aquellos que ya han terminado su tramo de carrera, se perderán relevos. Dicho de otra manera, una generación menos numerosa no puede recibir, de la precedente, otra cosa que un menor legado cultural. Entonces, a falta de suficientes referentes, la civilización puede dar un paso atrás en función de una "pérdida de armonía": la nueva generación llega a vivir lo que **Arnold Toynbee** llama un "cisma psicológico..."; los hombres pierden el norte, se meten en vías sin salida en su intento de fuga".

En su análisis de la disgregación de las civilizaciones, **Arnold Toynbee** distingue entre los "cismas verticales entre las comunidades separadas en el plano geográfico" y los "cismas horizontales entre clases mezcladas en el plano geográfico pero separadas en el plano social". Los primeros corresponden al riesgo de convertir la sociedad en una sucesión de "archipiélagos", como ya se ha evocado anteriormente a propósito de la desordenación del territorio, y los segundos se exponen al riesgo de una guerra entre generaciones. Una natalidad baja que se inscribe a lo largo del tiempo en la realidad demográfica no es, entonces, una cuestión exclusivamente cuantitativa que se presta a la sola reflexión de aquellos a quienes les gusta elucubrar en torno a las curvas. De hecho, al modificar las características de las poblaciones, la baja natalidad provoca numerosos efectos políticos, tanto en el plano nacional como internacional. En definitiva, plantea la cuestión del futuro de la civilización.

Ya que los riesgos políticos de una población con una natalidad baja son reales, y sabiendo que todo país lleva a cabo una política demográfica, aunque a menudo sea más implícita que explícita, la única pregunta que cabe hacerse en Francia y en Europa no puede ser sino la siguiente: ¿no tenemos una demografía que obra en contra de la democracia? En consecuencia, ¿no deberíamos tener políticas demográficas favorables a la perennidad y al progreso de la democracia? ■

Titulo original: "Les conséquences d'une faible natalité"
Traducido por **Alban d'Entremont**

Bibliografía del autor

- *Le Monde et les hommes, Les grandes évolutions démographiques*, París, Litec, 1995.
- *Les spécificités démographiques des régions et l'aménagement du territoire*, París, Edition des Journaux officiels, 1996.
- *Démographie*, París, Dunod, 1992.

Otros libros recomendados

- **Toynbee, Arnold**; *L'histoire*, traducción París, Dunod, 1996.
- **Sauvy, Alfred**; "Les conséquences du vieillissement de la population", en Dumont, G-F y otros, *La France ridée*, París, Hachette, Pluriel, 1986.